

Capítulo XLII.

Donde se vé por qué motivo abandonan los españoles la colonia de Veragoa.

La heroica resolución de los indios consternó al almirante y llenó de horror á todos cuantos se hallaban á bordo.

Bajo la impresion de aquel doloroso suceso, experimentaba una viva ansiedad respecto de la suerte de los españoles que habian quedado en la colonia, y de Diego Tristan, el capitán de una de las carabelas, cuyo desastroso fin conocen nuestros lectores.

Pero aunque habian sucumbido á muy corta distancia del paraje en donde se hallaban estacionadas las carabelas, habian trascurrido algunos dias sin que llegase noticia de su muerte á los viajeros.

Juan de Noya habia tenido que permanecer al lado de lo colonos en la improvisada fortalesa que habian levantado para defenderse de las agresiones de

los indios, porque la carabela que se habia quedado en la orilla del rio no podia navegar.

Cualquiera tentativa que hubiera hecho para evadirse en el único bote con que contaba, podia ser muy peligrosa á su estancia en la isla en medio de sus vengativos habitantes.

Grandemente apesadumbrado estaba el almirante de no poder tomar resolución alguna, porque la fuerte resaca hacia imposible á los botes atravesar la barra y llegar hasta la orilla en donde se habia establecido la colonia.

De su misma inquietud participaban los capitanes, los soldados y los marineros, y aguardaban con impaciencia á que el estado del mar les permitiese averiguar la suerte que habian alcanzado los marineros que se habian quedado en Veragoa á las órdenes de Bartolomé Colon, y los que para buscar agua y leña, y llevarlos instrucciones, se habian separado de la escuadra, yendo en el bote que habian asaltado los indios.

Una tarde, en que todos los tripulantes de la carabela capitana estaban apesadumbrados al contemplar la profunda melancolía que se habia apoderado del alma del almirante, algunos españoles conversaban sobre cubierta con el piloto sevillano Pedro Ledesma.

Era este gran conocedor de la náutica, y tenia un amor propio desenfrenado.

—En verdad,—dijo uno de los marineros,—que somos más cobardes que los indios.

—¿Por qué decís eso?

—Porque ellos, cuando venian en las carabelas

custodiadas por Juan Sanchez, se arrojaron al agua y se pusieron en salvo; porque sin ir más lejos, los que se nos han escapado hace muy pocas noches han desafiado el peligro de la resaca, y es muy posible que á estas fechas estén muy tranquilos y muy gozosos en sus hamacas, mientras nosotros permanecemos aquí con la mayor ansiedad, sin saber que ha sucedido á nuestros hermanos.

—Teneis razon,—dijo Ledesma;—pero es extraño que vos, que pensais de ese modo, no hayais hecho lo que los indios.

—Eso se dice, pero no se hace.

—Se hace cuando se dice,—añadió Ledesma.

—No hay uno entre nosotros que no sepa nadar como una anguila, y sin embargo yo apuesto á que cualquiera de nosotros se tentaria la ropa antes de darse el remojo.

—¡Vaya unos hombres!—dijo Ledesma, mirando con desprecio á los marineros.—Parece que no habeis oido el estampido del trueno, ni habeis visto brillar en el espacio el siniestro resplandor del rayo. Si no me dieran más trabajo que el de vencer el impetu de las olas y llegar hasta donde están nuestros hermanos, antes de que anoheciera yo os aseguro que no nos dormiríamos esta noche sin calmar nuestra ansiedad.

—¡Vaya! Esa si que es baladronada.

—¿Quereis convenceros de que no lo es?

—No digo á tí, sino al mismo Neptuno azotarian las enfurecidas olas si se lanzase al mar en estos mo-

mentos. Por lo demás ni tú ni nadie es capaz de oponerse á su empuje.

Irritado Ledesma por que dudaban de sus condiciones de nadador:

—Vais á convenceros,—exclamó,—de que yo cumplo siempre lo que digo.

Y dirigiéndose, seguido de unos cuantos, al camarote en donde yacia postrado Cristóbal Colon:

—Almirante,—le dijo,—estais con la más viva inquietud porque ignorais la suerte de vuestro hermano, porque Tristan no ha vuelto, y no es justo que teniendo como teneis amigos leales en torno vuestro consintais que la duda mortifique vuestra alma.

—¿Qué quereis decir, Pedro?—preguntó Colon.

—Quiero decir que hay un medio de llegar á la costa.

—¿Qué medio?

—Es muy sencillo; que me conduzcan en un bote hasta donde empieza la resaca. Yo me lanzaré al mar, y á nado llegaré hasta la orilla, volviendo en breve con noticias á embarcarme en el bote, que me esperará en este caso hasta mi regreso.

—La empresa que os proponéis es arriesgada.

—No lo ignoro; pero los indios nos han dado el ejemplo. A grandes males, grandes remedios; los hombres se dan á conocer en las ocasiones. Así, pues, yo quiero demostrar á mis compañeros que no me han conocido al juzgar mis palabras de baladronada, y os pido encarecidamente que me concedais el favor que os suplico.

—Id en buena hora,—dijo Colon,—y quiera Dios

protegeros para que volvais á mi lado y me traigais buenas nuevas.

En efecto, partió en uno de los botes con varios marineros; al llegar á cierto sitio se lanzó al agua, y nadando, aunque con mucha dificultad, llegó adonde estaban los españoles, temiendo á cada instante que los indios, en un considerable número, cayeran sobre su improvisada fortaleza, la destruyeran y los asesinaran.

No tardó en comprender la triste situación en que se hallaban los colonos.

Pero desafiando el peligro, corrió á la improvisada fortaleza, preguntó al adelantado lo que habia sucedido, se enteró por él de los horrores que habian cometido los indios, de la horrible venganza que se proponia tomar Quibiam de los españoles, y aquella misma noche, despues de saber el desastroso fin de Diego Tristan, volvió á nado hasta donde estaba el bote, y pudo, con gran asombro de los marineros y del mismo Colón, referir á éste cuanto habia visto; noticias que no tardaron en circular entre los tripulantes, aumentando su miedo y haciéndoles desear su alejamiento inmediato de aquellas costas, en donde tantos peligros les amezaban.

Pero Colón no podia partir dejando á sus hermanos y á los demás españoles que le acompañaban en poder de los indios.

Era imposible de todo punto volver en las carabelas á la colonia.

Por otra parte, anhelaba correr á España para co-

municar las nuevas del descubrimiento á los reyes, y siéndole imposible de todo punto moverse del paraje donde estaba, ni prestar auxilio á su hermano, cayó en un profundo abatimiento, su enfermedad se exacerbó, tuvo fiebre y delirio, y sufría lo que no es decible.

Aún se conserva un fragmento de una carta suya, en la que, dirigiéndose á los reyes, le comunica la visión que ha tenido en acceso de fiebre, y nada más elocuente que sus mismas palabras, que hoy podrán parecer tal vez hijas del cálculo; pero que, dado el carácter del almirante, la época en que vivía y las personas á cuyas manos iba á enviarla, demuestra más y más los nobles sentimientos del ilustre marino, y pone de relieve su acendrado amor á la religión.

—Fatigado y suspirando,—dice,—me asaltó un sueño ligero, cuando oí una compasiva voz que me decía:

»—¡Oh, nécio y perezoso en servir á tu Dios, el Dios de todas las cosas! ¿Qué hizo él más por Moisés, ó por su siervo David? Desde que naciste ha tenido de tí especial cuidado.

»Cuando te vió de edad madura, hizo que tu nombre resonara con maravilla por la tierra.

»Las Indias, aquellas ricas partes del mundo, te dió á tí para tu herencia, y poder para que se las dieras á otros segun tu voluntad.

»A tí te entregó las llaves de las puertas del Océano, que tan potentes cadenas cerraban; á tí obedecieron muchas tierras, y adquiriste honrosa fama entre cristianos.

»¿Qué hizo más por el pueblo de Israel cuando le sacó

de Egipto, ó por David, á quien de pastor hizo rey?

»Vuelve, pues, á él los ojos y confiesa tu error; su misericordia es infinita.

»Tu edad no será impedimento para ninguna grande empresa. Abraham tenia más de cien años cuando engendró á Isaac, ¿y era Sara jóven?

»Tú, que pides socorro con abatimiento, ¡responde! ¿quién te ha afligido tanto y tantas veces? ¿Dios, ó el mundo?

»Los privilegios que te ha concedido, las promesas que Dios te ha hecho, nunca ha faltado á ellas, ni dicho despues de haber recibido tus servicios que su sentido era diferente y que debia entenderse de diferente modo.

»El ejecuta á la letra.

»El cumple todas sus promesas con creces: tal es su costumbre.

»Te he mostrado lo que tu criador hace por tí, y lo que hace por todos.

»El presente es el premio de los trabajos y peligros que has sufrido sirviendo á otros.

—Todo esto oí,—añade Colon,—como uno casi muerto, y no tuve poder para replicar á palabras tan verdaderas, salvo llorar por mis errores.

»Quien quiera que fuese el que me hablaba, acabó diciendo: «¡No temas! ¡Confial!»

Todas estas tribulaciones están escritas en mármol, y no sin causa.

Esta y otras visiones leasaltaban continuamente, postrándole cada vez más.

En tanto los que le acompañaban perdian la paciencia y vertian en su corazon la semilla que más tarde debia acibarar con su fruto los últimos dias de la existencia de aquel hombre.

Al fin de un largo plazo de ansiedad y zozobra cambió el tiempo, las circunstancias permitieron que los botes fueran hasta la orilla y el almirante pudo enviar un gran refuerzo á su hermano. Al ver los indios llegar á los españoles de nuevo se retiraron para volver en mayor número y con mayores elementos de triunfo; y Colon, viendo que el porvenir debia ser espantoso si prontamente no volvía con grandes refuerzos, resolvió que fueran á bordo de las carabelas su hermano y los colonos,

Así, pues, con objeto de que los colonos pudieran trasportar á las carabelas todo lo que era de su exclusiva propiedad, y los soldados españoles condujesen su artillería y demás pertrechos de guerra, les permitió fabricar una especie de balsa ó almadía con los restos de la carabela.

Para verificar el embarque con más rapidez, dispuso el almirante que todas las lanchas que se hallaban disponibles fuesen conduciendo á los soldados y habitantes de la colonia desde la orilla, y desde el sitio en que la costa formaba una especie de herradura, á la almadía ó balsa de que ya hemos hecho mencion.

De esta manera cargaron en ella la artillería y todo cuanto poseian, sin olvidar el oro, causa principal de sus desventuras, y por medio de un cable, del que tiraban las barquillas, logró el almirante y lo-

graron los españoles, volver á las carabelas y cargar en ellas una gran parte de su botín.

Los botes tiraban de los cables unidos á la almadía, y gracias á esto pudo Cristóbal abrazar á su hermano Bartolomé y llegar los colonos, aterrorizados aún, á las carabelas, animando á todos el deseo vivísimo de abandonar cuanto antes aquel territorio, en donde, si bien era cierto que habia ricos tesoros, no lo era ménos que para adquirirlos necesitaban mayores fuerzas que las que tenían para dominar antes á sus feroces moradores, mucho ménos domeñables que los indios de Haiti.

En el momento en que todos se reunieron, sólo un deseo formularon sus labios.

— Abandonemos estas costas, — exclamaron todos.

Y aunque con gran pesar del almirante y de su hermano, lograron su deseo.

En aquella retirada se distinguió el intrépido Mendez, que con cinco hombres protegió el embarque de los objetos, la construccion de la almadía y la fuga de los españoles.

El fué el último que abandonó aquella tierra en donde tanto habian sufrido, en donde dejaban un país devastado y un enemigo formidable, que habia perdido todos los afectos del alma por causa de los españoles y habia jurado su exterminio.

El almirante, para premiar los servicios de Diego Mendez, le confió el mando de la carabela que habia navegado hasta entonces bajo la direccion de don Diego Tristan.

Capítulo XLIII.

El último rey de Veragoa

Quibiam habia triunfado de los españoles.

Pero al verlos lejos de su territorio, al convertir en cenizas las casas que habian fabricado, signo de la esclavitud de los habitantes de Veragoa, turbaba su alegría el inmenso pesar que le causaba la ausencia eterna de Lianata, de Irayba, y el gran número de vasallos suyos que habian perecido bajo los golpes de las terribles armas de los blancos.

Era el anochecer.

La almadía en donde los españoles caminaban con los objetos que habian arrebatado á Quibiam, se alejaba impulsada por la corriente del rio.

Quibiam, desde la altura en donde se levantaba su